

cuanto el arte ha ofrecido a la cultura, tanto estaba allí, aquello distaba mucho de ser un hogar; no, era un templo.

Yo estaba admirado y balbucía en lugar de hablar.

Una noche, después de varias visitas y de insinuaciones amorosas, nos encontrábamos solos, aun no llegaba aquella multitud elegante que hacía la tertulia diaria.

Etelvina acababa de tocar al piano la Serenata de Schubert, envolviéndome en una atmósfera de arcángeles.

Entonces me arrojé sediento de pasión a sus pies, le estreché la cintura con mis brazos, y con una voz que partía no sé si de mi cerebro o del corazón, le dije que la amaba.

¡Etelvina reclinó su frente en mi cabeza y sentí una lágrima resbalar sobre mi frente!...

¡Al diablo con las lágrimas de las mujeres!—exclamó «Juan Gallinazo»—Tienen una esponja a su disposición para exprimirla cuando se les antoja.

¡Más vino! ¡Más vino! ¡Cuerpo de Lucifer!

Juan estaba aturdido, todos le escuchaban con interés creciente.

—Desde aquel día comenzó una vida de estruendo.

Aquella no era la existencia tranquila de un amor virtuoso. Orgías continuas, música, champaña, flores, juego, algazara, la plenitud de la vida juvenil con todos sus entusiasmos y predominios

Aquella mujer era irresistible, yo le tenía una pasión salvaje.

Me parecía que el mundo en que yo había vivido era un paraíso insípido.

El amor de Magdalena era un sentimiento agreste; aquel mar y aquellas costas, una pintura de transparente, algo primitivo para pastores; lo que está fuera del radio de la civilización.

Aquel cielo estrellado, propio para los solitarios, y de ningún encanto para la existencia.

No, era necesario abrasarse en el fuego del amor y de la vida, gozar, apurar los placeres de la locura, absorber el aroma ya en los frascos de la triple esencia, y no en el vago ambiente de las flores rústicas.

No pensar más que en las sensualidades del presente, sin acordarse para nada del porvenir.

Hacer de la vida una mansión con todos los encantos de la fantasía, con todos los iris del pensamiento.

¡No, el amor legítimo con sus oraciones de la noche, ni sus ronquidos de las nueve, y su tranquilidad fastidiosa, no; el amor trasnochado, el amor que se fastidia a la luz del día y vive con las bujías de la sombra, en que todo se transforma y resplandece, espejos, vajillas, manjares, licores, la expresión de una hora de felicidad al lado de una mujer sublime!...

¡No, amanecer bostezando y con colores en las mejillas, no! ¡Semblantes pálidos, orejas violadas, ojos entrecerrados, flores deshojadas, el despojo de un gran combate!

Así deslizaba las horas de una existencia perdida, cuando

recibí una carta en que mi padre moribundo me llamaba a su lado.

Con el alma traspasada me despedí de Etelvina, dejándole su palco en la Opera y su carruaje, para que se divagara durante mi ausencia.

Ella lloró mucho y me juró cien veces no olvidarme un solo momento, y yo la creía con la buena fe de la primera juventud y ofrecí volver lo más pronto posible.

Partí, al fin.

A medida que iba entrando en ese camino abrupto y soplababa sobre mi frente el aire de las montañas, sentía recobrar mi antiguo ser. El viento iba disipando lentamente las brumas de mi cerebro, mi corazón comenzaba a latir tranquilo y mi sangre se saturaba con aquel oxígeno de los bosques.

Llegué al Mexcala. ¡Ay! Entonces me acordé de aquella piedra que había dejado caer en el fondo del tumultuoso río, símbolo de un amor que allí debía recoger.

Pensé otra vez en Magdalena y su memoria pasó sobre la vergüenza de mi frente.

Me arrepentí de mi pasado, condené la orgía, maldije mi pasión, y soñé en aquel amor primero, que se despertaba en el fondo de mi alma.

No ansiaba sino arrojarme a los pies de Magdalena y en mi conciencia pedirle que me perdonara.

¡Allí estaba la costa, y allá azotándose en las arenas, el mar en que me había sumergido cien veces entre las olas!... Más allá la casa donde estaba mi padre moribundo. ¡Cuánta angustia embargaba mi corazón!

Llegué violentamente y me lancé a la pieza donde estaba el lecho de mi padre.

Todos me detenían... ¡Estaba muerto!

Una noche cayó en mi alma.

Magdalena, blanca como una ninfa, salpicada por el rocío, lloraba conmigo.

Sentí que la volvía amar en aquellas horas de tormento. Era el ángel del consuelo junto a mi orfandad.

¡Ya nada me quedaba en el mundo más que ella y dos sepulturas juntas, que estarán en mi pensamiento hasta el último día!

Magdalena había crecido como una paloma, tenía diez y siete años y estaba tan bella, que era una delicia estar a su lado.

—Cásate conmigo, no seas tonto—me decía con una inocencia de arcángel.

Ya estaba decidido, cuando comenzó a levantarse en mi cerebro la imagen de aquella mujer con todos sus encantos. Etelvina, con su sonrisa satánica y su mirada de infierno. Sus cabellos negros hacían sombra sobre mi corazón.

Aquel pueblo se me hacía insoportable aun al lado de Magdalena.

Aquella niña comprendió mis vacilaciones.

—Tengo que decirte algo.

No dejó eso de alarmarme. Paseábamos juntos a la orilla del mar.

—Oye—me dijo—, yo te amo, en mi corazón no cabe otro sentimiento, tengo miedo de que me olvides y estoy resuelta a casarme contigo o a separarnos para siempre.

Aquella decisión me impuso y no tuve valor de responder.

—¡Contesta!—dijo con altivez y desprendió su mano de las mías.—Este es el momento en que va a decidirse nuestro porvenir, revístete de valor y habla.

—Yo te idolatro, Magdalena, pero necesito arreglar los negocios de mi padre, reponerme algo de esta pérdida.

—Nuestro casamiento no será un obstáculo, no necesitas estar soltero para recibir tu cuantiosa herencia, además yo tengo cuanto quiero, soy única hija y mi padre es espléndido conmigo.

Magdalena estaba a mi lado, me sonreía melancólicamente, sentía el calor de sus besos y no podía arrancarme del mundo magnífico de mis recuerdos.

—Magdalena, que pase un año de la muerte de mi padre y nos casaremos, yo lo ansío con toda la fuerza de mi alma.

—¡No, ahora ha de ser, o nunca!

Yo me quedé mudo.

—Pues vas a hablar—dijo Magdalena con una entereza que me dejó asustado.

—¿Qué quieres?—le dije.

—Oye, Juan: hace días que ha estado aquí un inglés del mineral, y me ha pedido por esposa.

—¿Y tú, qué has dicho?

—Que lo pensaría; resuelve.

—Puesto que eso has dicho, ¡cásate!

—Estás loco; reflexiona, porque yo tengo una voluntad sola y suprema.

Entonces yo, arrebatado por el vértigo del infierno, le dije:

—¡Cásate!

Detúvose ante mí como una fiera herida, y sacudiendo su frente me dijo:

—La vida de México te ha corrompido; no, no eres el que saliste de aquí hace dos años. Tu semblante demacrado, tu falta de ternura y de sentimientos, te denuncian ya como a un malvado.

Tú crees que si me caso, podrás a fuerza de súplicas y de engaños arrastrarme a la deshonra; te engañas, primero le faltaría a mi marido con cualquiera, menos contigo, ¿lo entiendes? ¡Nunca!

Se alejó como una nube en un arrebato del viento, y la perdí de vista como la última esperanza de la vida.

Volví a México, sediento de ver a Etelvina, me arreglé vio-

lentamente y me dirigí a aquella casa donde me esperaba la revancha de tantos sufrimientos.

Toqué con el aldabón, nadie me respondió; volví a tocar, nada, el mismo silencio.

Estaba profundamente inquieto, cuando salió la portera de la casa contigua, y me dijo:

—La casa está vacía desde hace dos meses.

—¿Y la señora?

—La señora... Nadie sabe; algo se dice.

—Hable usted, por Dios, señora.

—Pues dicen que hubo un escándalo grande. En la pieza de la señora había una puerta secreta que comunicaba con la otra casa.

—¿Y bien?

—Como la señora desde la noche que usted se fué, recibía a un viejo sumamente rico que la tenía como a una princesa, dicen...

—Concluya usted.

—Pues dicen que la señora tenía correspondencia con un coronel, que entraba por la puerta secreta; que una noche entró el viejo y descubrió la puerta, que no pudieron cerrar a tiempo, y vió al coronel. El coronel, a su vez, nada sabía del viejo, y hubo un escándalo mayúsculo. Por fin, el coronel cargó con la prenda.

—¿Luego me engañaba?

—Si esa señora engaña a todos, caballero.

—¿Y cómo se llama ese coronel?

—Pues dicen que se llama Altúnez.

—¡Ira de Dios!—gritó Manuel—Ya estás vengado; hace unas noches que por poco le desbarato el cráneo de un puñetazo.

—¿Dónde, dónde está ese hombre? Yo tengo que matarlo.

—No sé—dijo Manuel—; pero nos hemos de encontrar.

—Concluye tu historia, maldecido—dijo Mario.

—Continúa—dijo Manuel.

—Pues bien, a Etelvina la vi en una casa de juego, estaba en relaciones con un gurupí; ella me dirigió una sonrisa y yo una mirada de desprecio, que la hizo dejar el tapete; desde entonces no la he vuelto a encontrar, ¡demonio!, y todavía está hermosa y seductora; ésa ha de parar de una manera trágica, se lo tengo sentenciado.

Pasaba por el atrio de la Catedral, muy distraído, por cierto, cuando me encontré frente a frente con Magdalena.

Me dió un vuelco el corazón.

Ella se puso densamente pálida y pasó seria, majestuosa, implacable.

Yo la seguí para conocer su habitación.

Había venido a radicarse a México, su marido era muy rico y tomó asiento en la capital.

Comencé a seguirla, a asediarla, porque aquel amor antiguo se había revelado con una furia terrible en mi corazón.

Ella me amaba también.

Había pensado en mí muchos años, era yo su primer amor, era imposible que me olvidase.

Tenía esa lucha terrible de una alma honrada, esa resistencia espantosa del que se asoma al borde de un abismo, con temor al peligro.

Por fin, un día que estaba sola en una glorieta de la Alameda, me acerqué a ella.

—Soy un malvado—le dije—, pero estoy castigado; cuando quise volar a ti, ya era tarde, el fuego del infierno había penetrado en mi corazón; tu amor ha sido mi tormento, no vivo, Magdalena, ¡estás delante de mí como un paraíso perdido!

—Soy casada, no me pertenezco—respondió ella.

—Es verdad, pero tus juramentos han sido falsos, porque tú me amas, Magdalena.

—Sí, es verdad, y mis sufrimientos son espantosos; pero tú y nadie más, tienes la culpa; yo no puedo retroceder.

—Es que yo nada pretendo, nada que te infame, quiero solamente que me devuelvas tu amor, yo seré tu esclavo, seguiré tu voluntad como un infeliz.

—No; ni aun así, porque eso sería un crimen.

—No, Magdalena; una cosa es la sociedad y otra es el pensamiento; en ése nadie impera, y amar con él no es un delito. Yo sólo aspiro a ver una sonrisa de perdón, a sentir una mirada de cariño, saber que hay una existencia que, aunque sea de lejos, me pertenece y que ya me has perdonado.

Magdalena estaba indecisa.

—Pero si todo eso lo tienes ya; separémonos para siempre.

—No, no, eso sería espantoso para mí. Una vez, una sola al año de hablarte, de oír la ratificación de este cariño, hazme vivir, yo no aliento sino por ti y para ti, ¡ten compasión si alguna vez me has amado!

—Pero yo no puedo perdonarte el haberme lanzado en los brazos de un hombre que aborrezco, me has sacrificado sin compasión. Es tal mi debilidad, que a mi hijo le puse tu nombre

—¡Magdalena!

—Pero, óyeme, ese nombre sobre la frente de mi hijo ha servido para fortalecerme, él me dice que allí está mi deber y mi honra; sí, te amo, pero recuerda mi última palabra: «¡Nunca!»

Me alejé con el llanto en el corazón.

Pasó un año y la volví a encontrar.

Estaba pálida, pero más bella y más encantadora.

La volví a suplicar.

—Busca un lugar—me dijo—donde podamos hablar; no quiero que se sospeche de mí.

Loco de alegría, busqué una casa, la adorné con todo el poder de mi imaginación. La llené de plantas de sombra, llevé unos plátanos con sus lindas hojas de listón verde, que respiran frescura. Hice un bosque de flores, donde pudiera respirarse el aroma de nuestras selvas.

Ella allí, recordaría nuestras horas de amor inocente, soñaríamos un momento en las horas del pasado y hasta nos parecería oír el tranquilo rumor del Océano. Aquellas olas que lamían sumisas sus plantas.

Se sentiría subyugada, desvanecida con lo hondo de nuestros recuerdos, seríamos felices un solo instante, después de haber sufrido tanto.

Mañana a las diez, me había escrito, y yo esperaba desde la víspera el toque de esa hora.

Estaba profundamente inquieto.

Había muerto la madre de un amigo mío, casi un hermano, y tenía que acompañar el cadáver al Panteón Francés.

La inhumación era a las nueve; estaría yo listo a las diez.

El día de mi cita me entré en un vagón de duelo y seguí el cortejo fúnebre hasta el Panteón.

Aun no habían concluido la cripta y yo estaba impaciente.

Eran ya los tres cuartos para las diez y no concluíamos.

Determiné marcharme, cuando me obstruyó la entrada el desfile de una concurrencia.

Cuatro amigos, seguramente de la casa, llevaban en hombros un lujoso ataúd de sándalo con sus argollas de plata, encaminándose a una fosa que estaba precisamente junta a la de la madre de mi amigo.

Entre el cortejo iba un amigo íntimo mío, Juan Díaz Covarrubias.

—¿A quién traes al cementerio?—le pregunté.

—¡Desgraciado!—me dijo al oído—Es Magdalena.

Sentí que el piso me faltaba y hufá bajo mis pies, todo giraba alrededor de mí, el sol que caía a plomo sobre mi cabeza, estaba helado, yo no podía respirar.

—¿Pero es verdad?—grité con voz ahogada.

—Sí—me dijo Juan—, me llamaron, estaba muerta, aparecían manchas negras en todo su cuerpo, su rostro estaba azulado y sus labios negros... Había tomado un tóxico... ¡Se había suicidado!... Respetemos el arcano; ¡ella, Dios y su conciencia guardarán el secreto eterno!

En aquel momento sonaban las diez.

—¡Ha venido a la cita!—grité con desesperación, taladrada el alma por el dolor.

Cuando me encontré solo me arrojé sobre el montón de tierra, lo escarbé con las uñas, quería abrir aquel sepulcro, verla, hablarle, resucitarla con mi aliento.

¡Comprendió lo espantoso de la lucha; prefirió caer en el hoyo del sepulcro que en el abismo de la deshonra!

Juan se limpió una lágrima que se desprendía de sus pestañas.

Todos los estudiantes guardaron silencio.

Los mozos dormían sobre las mesas, las luces se iban extinguendo.

Repúsose un tanto Juan y añadió como un demente furioso:

— ¡Desde ese día desprecio la vida humana!

«¡A la guerra!», grité; y me lancé a la revolución.

Seguido de mis tropas, refí en el «Peregrino», en el «Caguillo», en los «Cajones», reté cien veces a la muerte, y la muerte no ha venido.

Por fortuna, ahora comenzamos, se abre una época de sangre en que quiero ahogarme, sólo en el sepulcro podré olvidar a Magdalena.

Oyéronse disparos en la calle y gritería.

— ¡Allí, muchachos, que pelean! — gritó Juan, y seguido de los estudiantes se echó fuera del café.

Efectivamente, unos surianos a quienes los soldados les habían dirigido sátiras pesadas, habían desenvainado el machete y dado contra el grupo, que los recibió con los marrazos y a pistoletazos.

— ¡Alto! — gritó Juan.

La pelea se detuvo un instante.

— ¿Qué pasa, señor oficial?

— Nada, que estos pintos malditos...

No había acabado de decir pintos, cuando «Juan Gallinazo» le dió un puñetazo tan terrible en el pecho, que el oficial rodó por la banquetta.

Aquello fué señal de un combate.

Pintos y soldados se agarraron a machetazos.

Desembocaba a toda prisa una patrulla y huyeron los que no estaban heridos.

«Juan Gallinazo» sacó una tajada en el hombro, y sus amigos se lo llevaron en peso a su alojamiento, entre los alaridos de los surianos.

## CAPITULO V

### EL PRIMER RELAMPAGO

#### I

Seguían las disidencias en el Gabinete.

Ocampo se había separado.

Comonfort esperaba que le admitieran la renuncia, siguiendo siempre al mando del ejército.

Los elementos «santanistas» se ponían en movimiento para

una reacción, y el general Alvarez estaba entre aquel oleaje que amenazaba sumergirlo.

Sólo Juárez estaba en su entera moral.

Impasible y frío como si navegara en un mar tranquilo, sostenía su ley de fueros, que era el botafuego en aquella situación donde el encono de los partidos hacía un incendio.

La ciudad estaba alborotada; entre los surianos y los soldados del antiguo ejército, que Comonfort conservaba a su lado, se había entablado un antagonismo, que se deshacía en desórdenes a cada momento.

Los surianos se habían alojado en los patios del palacio, con sus mujeres e hijos.

Sabido es que las mujeres siguen al soldado y están con él hasta en las horas del combate.

Aquel palacio, que todavía ayer se cuidaba por guardias almibarados, era un campamento desordenado, gritos, pleitos, borracheras, algazara, pistoletazos.

Las escaleras estaban inundadas, los salones de recepción, donde habían lucido sus mantos bordados los caballeros de la Orden de Guadalupe, llenos de soldados surianos, que entraban arrastrando sus machetes, y salían a todas horas a ver al Tío Juan, su padre y caudillo.

Las reglas de la etiqueta no parecían, y, sin embargo, aquello recordaba en la historia a los emperadores romanos, que tenían abiertas las puertas de los palacios, y el pueblo las franqueaba, para ver a cualquier hora al César.

Contrastaba esta práctica con esas «antesalas» que daba S. A. S., en que los personajes esperaban muchos días para que los recibiera.

Era una osadía democrática de aquellos hombres, que allá en sus montañas, no conocían más que la buena fe y el respeto al hombre que con su voz los llevaba a los combates de la libertad.

Era tal el desorden, que, como estábamos en pleno invierno y los surianos sentían un frío espantoso, cortaban los árboles que había en la prolongada banquetta del atrio de la Catedral y hacían leña para calentarse.

Ignoraban el trabajo que cuesta en las ciudades el logro de un arbusto; pero les tenía sin cuidado la conservación de esos arbolitos pigmeos, ellos que habían nacido entre los bosques, que resisten a los inviernos y a las tempestades.

A los surianos les gustaba dar alaridos, esos gritos que oían resonar en las montañas en ecos prolongados.

Continuamente se escuchaba en las calles el comenzar de las múltiples riñas, a las que seguían pistoletazos, y el ruido de los machetes que afilaban en las banquetas.

Y, sin embargo, y a pesar de todo, esos hombres habían hecho la campaña y estaban victoriosos.

Encabezaban inconscientemente una gloriosa revolución que tendría su resonancia en el porvenir.